



CENTRO DE REFLEXIÓN EN POLÍTICA INTERNACIONAL

Análisis de coyuntura

Año 2019 / Mes: junio / Nº 10

El **Centro de Reflexión en Política Internacional** fue creado en 1995 y tiene como objetivos principales: **promover e impulsar una instancia de análisis, discusión y seguimiento de la política internacional argentina, analizada en sus diversas fases pasadas, presentes y futuras; y constituir un ámbito de capacitación, actualización y producción académica en Política Exterior Argentina.**

La historia la escriben los productores

Por Lautaro Marcotti¹

Walter Benjamin, filósofo y crítico literario alemán de comienzos del siglo XX, al hablar de la construcción de la historia observa que “quienes dominan en cada caso son los herederos de todos aquellos que vencieron alguna vez” y por tanto “la empatía con el vencedor resulta en cada caso favorable para el dominador del momento”. (Benjamin, 1959:3).

En las relaciones internacionales, en este sentido, se da también la construcción de narrativas sobre vencedores y vencidos que recuperan los actores del presente como factor de poder y de disputa constantemente dentro de la arena política internacional. Pero, ¿Quién escribe hoy en día las historias? En torno a la globalización y gracias a la audiencia masiva a la que se acercan, el lugar de los historiadores de antaño lo ocupan hoy las grandes cadenas que producen material audiovisual. El incremento del consumo de material audiovisual a nivel global en los últimos años se debe fundamentalmente a las nuevas plataformas de series y películas que permiten acceder de forma barata a una gran cantidad de films. Su fortaleza reside en la accesibilidad rápida que da al usuario y la facilidad del uso que provee la interfaz. En tanto trascienden las fronteras de los países de origen estas forman parte de los medios de comunicación internacional y acaparan una importante cuota de influencia sobre lo que Calduch llama la opinión pública internacional, heterogénea y discontinua, pero con una gran capacidad de recepción y respuesta a los estímulos que se presentan.

¹Licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UCALP. Miembro del Cerpi, IRI-UNLP

Bajo esta luz sería difícil minimizar el impacto que tuvo Chernóbil, la nueva serie de HBO coproducción estadounidense-británica, que recrea la catástrofe nuclear acontecida en el año 1986 en la ex Unión Soviética. Desde que la producción salió a la luz no cesa de generar polémica entre propios y ajenos.

Para el año 1986 la guerra fría se encontraba en un periodo de transición entre la etapa que Fred Halliday nombra como segunda guerra fría con el comienzo en 1979 de la gestión de Ronald Reagan y la posterior puesta en marcha de la Iniciativa de Defensa Estratégica comúnmente llamada guerra de las galaxias y la breve distensión que se dará con las reuniones entre Reagan y Gorbachov en Reikiavik ese mismo año y en Washington al año siguiente en el marco de los acuerdos START II. Luego de estas reuniones el proceso seguirá con el recrudecimiento de las lógicas antagónicas entre los bloques predominantes hasta la caída del bloque comunista. Esta etapa final llamaba a considerar al enemigo como una amenaza para toda la humanidad (Halliday, 1984:23) y como tal debía ser aniquilado.

La miniserie presenta una extraña mezcla entre elementos del realismo soviético y las figuras heroicas típicas del cine estadounidense que dan a la serie una estructuración híbrida, pero con una gran calidad cinematográfica. Más allá de que no se haga una referencia explícita hacia las actitudes de la guerra fría las polémicas comienzan cuando desde sus primeros capítulos la toma de decisiones realizada hacia el interior del Estado Soviético se muestra en clave de irracionalidad y despreocupación por la vida humana. Por otro lado, el desentendimiento de los burócratas del Partido de lo que los científicos explican construye en el televidente una sensación de incapacidad dentro de la vida política soviética. Así se deja ver durante toda la producción una oposición entre individuos heroicos y un estado hipócrita engegucido con la imagen que da hacia la comunidad internacional y aún más, hacia occidente.

Estos elementos que hacen a la exitosa miniserie no podían pasar inadvertidos para sus protagonistas históricos. Así los rusos se resisten a caer en lo que Benjamin llama el “vasallaje anónimo de los contemporáneos” (Benjamin, 1959:3) y en consecuencia una “contraseña” para contar su versión de los hechos estaría siendo producida. En esta historia un agente de la CIA es identificado cerca de la planta nuclear de Chernóbil y sería parte de un plan de sabotaje de parte del gobierno norteamericano. Una reacción aún más agresiva llegó de parte del partido comunista ruso que pidió que se abra un juicio contra los productores de la miniserie. A través de un comunicado, Sergej Milinkovic, líder del partido exhortó primero al Roskomnadzor -institución reguladora de la televisión en Rusia- a “limitar el acceso” a esta producción, alegando que se trata de una “herramienta ideológica” cuyo principal objetivo es demonizar a la Unión Soviética, además de pedir la extradición de los realizadores para ser juzgados en territorio ruso.

Si bien el caso Chernobyl en el mundo de las series es el más célebre no es el único ni el primero en poner en tensión la reconstrucción histórica de la guerra fría. En 2013 había su aparición The Americans serie que cuenta la historia de una pareja que la KGB armó, con dos de sus agentes, a los que entrenó para simular ser verdaderos ciudadanos estadounidenses a los fines de espiar para la Unión Soviética. En una respuesta similar como la dada a Chernobyl los rusos articularon la producción de Sleepers, una serie que a diferencia de The Americans, que se ambienta en los años de la presidencia de Ronald Reagan, transcurre en el presente. La serie cuenta la historia de la una célula de espías de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Moscú, que estaba dormida y de pronto se activa con un plan para desestabilizar la política rusa. Podemos observar que el caso Chernobyl no es un factor aislado, sino que forma parte de las nuevas posibilidades para construir poder que otorga un mundo globalizado e hiperconectado.

En este caso el impacto que tuvo la miniserie en la opinión pública internacional podemos decir que se dio “presionando a los centros de decisión y poder nacional” (Calduch, 1991:4 capítulo 13) rusos, pero con una suerte de “empuje hacia el pasado” y mediando una conciencia nacional herida. Las respuestas, en tanto, llegaron dentro del mismo ámbito cinematográfico, en el que esta se desarrolló, con una contrapropuesta y no en otros ámbitos de las relaciones internacionales.

Esta competencia histórica, sin embargo, no es un elemento aislado dentro del esquema que enfrenta a rusos y estadounidenses. Aquellos que esperaba que con la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas cayeran todas las representaciones e identidades construidas en torno a los bloques antagónicos de la guerra fría equivoco sin dudas su razonamiento, y esto porque más allá de representar un modelo económico para el mundo los soviéticos y más aún los rusos, se representaban a ellos mismo como pueblo y continúan hoy en día haciéndolo. Con la caída de la URSS los rusos recogieron la herencia soviética articulada durante la guerra fría

más que ningún otro pueblo y mantuvieron en el mismo sentido una desconfianza generalizada hacia los norteamericanos y al mundo occidental.

Mientras que desde el lugar de los estadounidenses excepto por un tiempo de breve acuerdo luego de la caída de la URSS Rusia se convirtió en un factor desestabilizante en la escena internacional con la llegada de Putin al Kremlin. En especial porque desde la óptica norteamericana las ambiciones expansionistas soviéticas que Kennan señalaba en su famoso telegrama de fines de la Segunda Guerra Mundial se encuentran intactas en la actual Rusia. El avance de la OTAN al vecindario ruso con la incorporación de antiguos miembros del Pacto de Varsovia y de los Estados bálticos sumado a las negociaciones en Georgia y Ucrania tuvieron, interpretan muchos, una firme respuesta en la guerra de los cinco días y la toma de Crimea por parte del estado ruso. Por otro lado, los rumores de una intromisión de la inteligencia rusa en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 alimentan el renacimiento de lógicas del antiguo mundo bipolar.

En el nuevo milenio, así, los asuntos internacionales no dejan de poner frente a frente a Rusia y EEUU, y esto no deja de recordar las tensiones de la guerra fría que fueron refrescadas por la producción de HBO. Puesto que la batalla cultural en el ámbito internacional no es nada nuevo en estos dos países. La investigadora británica Frances Stonor Saunders en su libro *La CIA y la guerra fría cultural* muestra como la agencia orquestó un enorme programa secreto de propaganda cultural con el objetivo de apartar a la intelectualidad europea de su prolongada fascinación por el marxismo y el comunismo, a favor de una forma de ver el mundo más de acuerdo con el «concepto americano». Desde la URSS en el mismo sentido fue amplio el trabajo del KOMINTERN y de la KGB en la expansión de las ideas socialista mayormente hacia los países del tercer mundo. Difícilmente encontremos historias del siglo XX tan contrapuestas como las que narran estos países.

Si bien este tipo de narrativas dan explicación de la internacionalidad todas se articulan desde lo nacional y aspiran a construir poder mediante cierta interpretación de los hechos, los vencedores imponen su historia mientras que los vencidos son acallados. Pero, ¿para siempre?

Benjamín concluye que el historiador debe tomar “como tarea suya la de cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 1959:3), en las relaciones internacionales esto quizás significa recuperar relatos y contra relatos de lo internacional que a su vez significan revivir viejas tensiones siempre latentes. Por ello los medios audiovisuales mediante el impacto que han tenido las plataformas de series y películas dan un espacio propicio para la batalla de la historia en las relaciones internacionales. La historia de Chernobyl es solo una de las primeras muestras del uso de esta herramienta en el prestigio, las identidades del yo y los posicionamientos en las relaciones internacionales, herramienta con un potencial que difícilmente pase desapercibida para la mayoría de actores del ámbito mundial de aquí en adelante debido a que comienza a verse con mayor amplitud que hoy la historia la escriben los productores.

-BENJAMIN Walter, *Sobre el concepto de la historia*, traducción de Bolívar Echeverría, 1959

-CALDUCH CERVERA Rafael, *Relaciones Internacionales*, ed. Ciencias Sociales, 1991.

-HALLIDAY, Fred. “Los finales de la Guerra Fría” en Blackburn, Robin (comp). *Después de la caída*. Barcelona. Crítica. 1993.